

DE CUANDO LA EDAD DEL HIERRO IMPERABA EN EUSKAL HERRIA

Cuentan que en la Grecia Clásica un tal Estrabón, geógrafo e historiador (nacido en el 63 o 64 a. C.), habla de oídas de los pueblos que habitaban Euskal Herria allá por la Edad del Hierro, época que situamos en el primer milenio anterior a nuestra era. De la mano del arqueólogo donostiarra Xabier Peñalver, echamos un vistazo a lo que ocurría en ese tiempo tan remoto en Gipuzkoa, en asentamientos que actualmente están siendo estudiados y que responden a nombres tan musicales como Intxur, Basagain, Munoaundi, Murumendi o Buruntza. Su historia, ¿o habrá que decir prehistoria?, es apasionante a pesar de que, como dice Peñalver, «es mucho lo que todavía no sabemos y quizá no sepamos nunca».

Texto: **Teresa Zarco**

Fotografías: **Lamia**



Sobre estas líneas, el antropólogo donostiarra Xabier Peñalber, coautor del estudio “Los poblados de la Edad del Hierro en Gipuzkoa”. El dibujo muestra un cuchillo de hierro hallado en Basagain.

Fotografía: **Conny Beyreuther**



Parece ser que en aquellos tiempos, en los de Estrabón, las gentes que habitaban la actual Euskal Herria no estaban precisamente bien consideradas. Son tiempos de la llamada paz romana. «Hay unas connotaciones políticas deformadoras –dice Xabier Peñalber–, una visión un tanto interesada que califica de semisalvajes a las poblaciones de la zona montañosa de Euskal Herria, por ser poblaciones diferentes, ajenas a la cultura del mundo romano». Naturalmente, esa es una visión a la que no vamos a hacer caso pero, según explica el arqueólogo donostiarra, sí hay una serie de datos que nos transmite el historiador griego, entre ellos qué comían o cómo eran sus viviendas, que sí coinciden en parte con lo que arqueológicamente se ha descubierto «y eso –añade Peñalber– es mucho, ya que teniendo en cuenta la escasez de datos cualquier fuente es importante».

La Edad del Hierro se divide en dos mitades de unos 500 años cada una, la segunda corresponde a los 500 años anteriores al cambio de era. La primera Edad del Hierro enlaza con el final de la del Bronce, con la que en ocasiones se confunde; mientras que la segunda



mitad es la de los grandes cambios y evoluciones, sobre todo tecnológicas. El hierro aparece por primera vez en esta segunda mitad, revolucionando la metalurgia y relegando el bronce a la elaboración de piezas de adorno principalmente. El instrumental agrícola (peros de labranza, hoces, rejas de arado), las armas, incluso los clavos para construir las viviendas, pasan a ser de hierro.

Un poco de imaginación y los estudios realizados por Aranzadi y arqueólogos como Xabier Peñalver o Sonia San José nos pueden ayudar a recrear la vida en aquellas poblaciones, sociedades agropecuarias que viven de la agricultura y la ganadería.

Intxur por ejemplo, en las inmediaciones de Albiztur-Tolosa, bien puede ser el pueblo de nuestros protagonistas, miembros de una familia de la segunda mitad de la Edad del Hierro que vive en parte de la ganadería, ya sean vacas, cabras, ovejas o cerdos. La caza, para entonces, es algo residual, casi testimonial. Quizá como diversión, los hombres de esta familia de vez en cuando se van de caza; algo de ciervo, jabalí o corzo. ¿Podríamos decir que el poblado en el que se asientan

se halla en una zona alta, estratégica y fortificada, con un gran control visual y amplios espacios apropiados para el desarrollo de la agricultura (cereales y leguminosas) y de la ganadería. Murallas de grandes proporciones y fosos forman parte del paisaje. Hay amplias zonas deforestadas porque usan mucho la madera, tanto para la construcción como para hacer fuego, así como por la necesidad de disponer de campos libres de arbolado para cultivar y para alimentar al ganado.

Dentro de los poblados, intramuros, es donde se sitúan las viviendas. En la primera mitad de la Edad del Hierro nos encontraríamos generalmente con viviendas de planta circular, pero en esta segunda mitad suelen presentar una planta rectangular, frecuentemente de entre 50 y 70 m²; una casa espaciosa que acostumbra albergar un telar en la entrada. La segunda estancia es la del hogar y el fuego, es donde hacen la vida, incluso donde duermen y donde es frecuente un banco corrido adosado a la pared, que utilizan a la hora de comer. La tercera estancia, al fondo, es el almacén de la casa, donde se guardan las grandes vasijas en las que se almacenan los cereales y los líquidos. La

Las cimas y los valles conviven en la orografía de Gipuzkoa. En la imagen, panorámica de Munoaundi, en el valle del Urola.

Fotografía: **Xabier Peñalver**



Miembros del equipo de investigación, durante las excavaciones realizadas en Basagain (Anoeta).





Panorámica de Murumendi (Aizain), en el valle del Oria, uno de los enclaves descubiertos por el equipo de arqueólogos vascos.

Infografía: Pello López

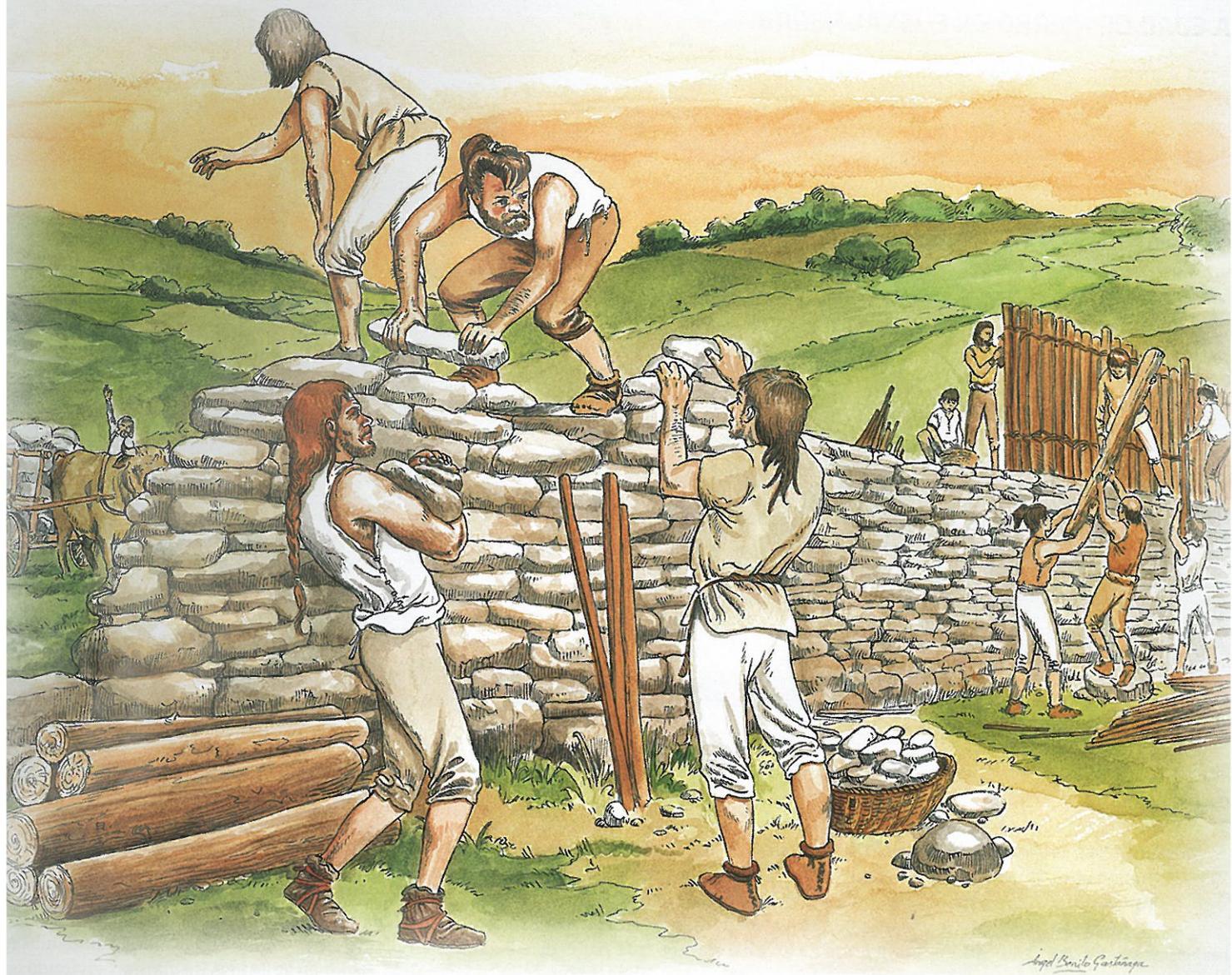
vida transcurre dentro del poblado y salen de él principalmente para trabajar el campo y cuidar del ganado.

Iniciada la segunda Edad del Hierro algunas cerámicas las elaboran a torno, lo que les permite vasijas de paredes más finas, más variedad y riqueza: vasijas para cocinar, vasijas pequeñas y, también, de gran capacidad para el almacenamiento. Se podría decir que esta familia de la Edad del Hierro vive una existencia similar, de alguna manera, a la que hoy día llevan algunos pueblos de zonas rurales africanas o asiáticas, por ejemplo.

Pero lo suyo no es únicamente sobrevivir, sino que tienen otras cosas en la cabeza, como por ejemplo «el gusto por lo bello». Cuidan la estética y pintan las casas de blanco con aderezos en rojo, decoran las cerámicas y elaboran collares y piezas de adorno, aspectos que no son estrictamente necesarios para vivir, pero que les hacen más agradable la existencia.

Algunos de los miembros de este grupo realizan actividades comerciales que harán que se trasladen en ocasiones a lugares lejanos para obtener determinadas piezas o materiales, aunque otros individuos comercian con zonas más cercanas. Cuando lo hace a corta distancia, es con los vecinos con quienes intercambian leguminosas, guisantes por habas, o cerdos por ovejas. El comercio a media distancia les lleva tal vez a algún poblado de Bizkaia debido a que éste se ha especializado en un elemento determinado, como la fabricación de molinos para triturar el cereal.

Por cierto que unos parientes lejanos de esta familia viven en una especie de caserío o granja fuera del poblado, «al igual que existen viviendas dispersas, fuera de los poblados, en otros lugares del continente europeo». Los arqueólogos no han sido capaces de localizar este lugar hasta el momento, pero están convencidos de que algún día aparecerá. «Si ya es difícil de localizar



un poblado fortificado con murallas enormes, pero culto por la tierra y la abundante vegetación, mucho más complejo es dar con dos o tres viviendas aisladas», indica Peñalver.

El euskera o el protoeuskera. Xabier Peñalver vuelve a las fuentes clásicas de la época para tocar el tema de la lengua, para aproximarse al idioma de estas gentes. Por ejemplo, se sabe que los que vivían en el actual territorio de Ipar Euskal Herria tenían muchas más similitudes con los que habitaban al sur de los pirineos que con los de las Galias. Hablan los clásicos de nombres «que no pueden ser expresados en nuestra lengua», en una época en la que «el euskera o el protoeuskera están a la orden del día».

Peñalver considera que hay muchas páginas en blanco todavía por escribir y que algunas quizá no se escriban nunca. Por ejemplo, apenas se conoce nada

Sobre estas líneas, reproducción de la construcción de la muralla de Basagain. En la imagen inferior, muestra de una pieza de hierro hallada en Munoandi.





Dos de las piezas halladas en Munoandi y Basagain respectivamente. En la parte superior, anillo de bronce en la torre; en la inferior, aguja de coser.

de las características físicas de estas poblaciones. «Hay que tener en cuenta que a los muertos se les incineraba, por lo que, salvo excepciones como las del poblado alavés de La Hoya, en donde se encontraron algunos esqueletos de sus habitantes tras padecer un asalto y quedar tendidos sobre las calles, apenas se conservan de ese momento de nuestra prehistoria más que los restos carbonizados de sus huesos». Se intuye, sin embargo, dadas las dimensiones de algunos de estos poblados, que podrían vivir grupos importantes, de entre uno y varios cientos de personas. Intxur, sin ir más lejos, cuenta con 17 hectáreas, no todas, por supuesto, ocupadas por viviendas, pero las conocidas, agrupadas en las terrazas, en las zonas más planas, en barriadas, en las áreas más protegidas del Sur y el Este, al abrigo del viento dominante del Norte y Noroeste, apuntan a un número considerable de habitantes.

Poco sabemos también de sus valores sociales, pero echando mano de los autores clásicos parece que para comer se sentaban en bancos de adobe, adosados a la pared y alineados por jerarquías. «Lo que hemos localizado en las excavaciones —dice Peñalver— son estos bancos adosados, no a quienes se sentaban en ellos ni su ordenación jerárquica, pero sí los bancos de los que habla Estrabón». Sabemos que trabajaban la cestería

y la cordelería. Por supuesto, tejían la lana y el lino, utilizando telares verticales que no se han conservado hasta nuestros días por estar fabricados en madera, aunque sí han aparecido las pesas de esos telares, hechas en piedra o en arcilla, en ocasiones alineadas al desprenderse, en las entradas de algunas viviendas.

Y para hablar de sus creencias, nos fijaremos en otras poblaciones de esta misma época, de otros lugares del continente europeo. La religión de estos momentos y algunas de sus divinidades aparecen vinculadas con espacios naturales, tales como fuentes o manantiales, lagos, montañas o bosques; en definitiva, con la naturaleza. Hay quien relaciona con los astros los cuencos de oro de Axtroki hallados en Eskoriatza y de origen europeo...

Hoz de hierro y granos de trigo. La emoción de encontrar en las excavaciones piezas como los restos del brazalete de vidrio azul en el cercano poblado de Basagain (Anoeta) es grande para los arqueólogos. En el de Intxur apareció una hoz de hierro, una de las primeras piezas de este metal halladas en Gipuzkoa, de en torno a los años 300 - 200 antes de nuestra era, que se convirtió en el primer elemento de hierro relacionado con la agricultura, el más antiguo dentro del territorio. Pero no siempre las mayores y más especta-



...ares piezas son las más valoradas, ya que muchas de ellas son elementos repetidos, de valor, sin duda, pero que no aportan excesivas novedades. Sin embargo, restos mucho menos destacados, que apenas llamarían la atención en la vitrina de un museo, como los granitos de trigo quemados, alcanzan un gran valor al ser uno de los primeros restos de gramíneas cultivadas en Gipuzkoa y por ello de gran significación arqueológica. «No siempre los hallazgos más llamativos son los más importantes», insiste Peñalver.

Todavía hoy, no sabemos cuántos años vivían estas gentes, ya que sus cadáveres se quemaban ritualmente; sin embargo, sí conocemos que a los niños los quemaban, sino que los depositaban dentro de las viviendas, en hoyos pegados a las paredes, a veces con un pequeño ajuar, como una pulserita, y a veces sin nada. La mortalidad infantil era importante. Este tipo de enterramiento infantil es frecuente en los poblados del Valle del Ebro; en Gipuzkoa, de momento, no se han localizado. Barandiaran hizo notar la coincidencia de estos enterramientos con otros de épocas relativamente recientes, puesto que en algunos territorios vascos a los niños que morían recién nacidos, antes de bautizar, no se les enterraba en el cementerio sino llevando a la casa, debajo del alero, para darles una cierta protección.

A los adultos se les incineraba y sus cenizas se depositaban de diferentes formas. En la vertiente mediterránea, por ejemplo, existen campos de urnas. Vasijas para depositar las cenizas; cajas de piedra y, dentro de ellas, posiblemente cajas de madera, también con las cenizas y con sus ajuares y armas, como en el caso de la necrópolis de Piñuelas de La Hoya, donde aparecen numerosas armas mezcladas con las cenizas... En la vertiente atlántica, y a pesar de que llevan bastantes años buscando las necrópolis de estos poblados fortificados de Bizkaia y Gipuzkoa, no se han localizado, de momento. Esto enlaza con un fenómeno de esta misma época, el de los crómlechs, monumentos funerarios ubicados en los cordales pirenaicos separados geográficamente de los poblados de Gipuzkoa conocidos hasta hoy, y no coincidentes con los monumentos funerarios en los que enterrarían estas gentes a sus muertos. Pero ésa es otra historia.

La nuestra termina con nuestros comerciantes ya jubilados. Ya no se desplazan de su poblado, pero se ocupan de sus ovejas y cerdos, y siempre que su salud se lo permite les gusta pasear por sus montañas y disfrutar de la naturaleza. Si acaso, en las noches de verano salen a la fresca a charlar con los vecinos, pues para poder sentarse ante el televisor con una cervecita todavía tendrían que pasar un par de milenios.

Brazaletes de vidrio encontrados en Basagain. Piezas como ésta son muestra de los intercambios comerciales con otros lugares de Europa.

Enclaves poblados fortificados en Gipuzkoa

de: Teresa Zarco

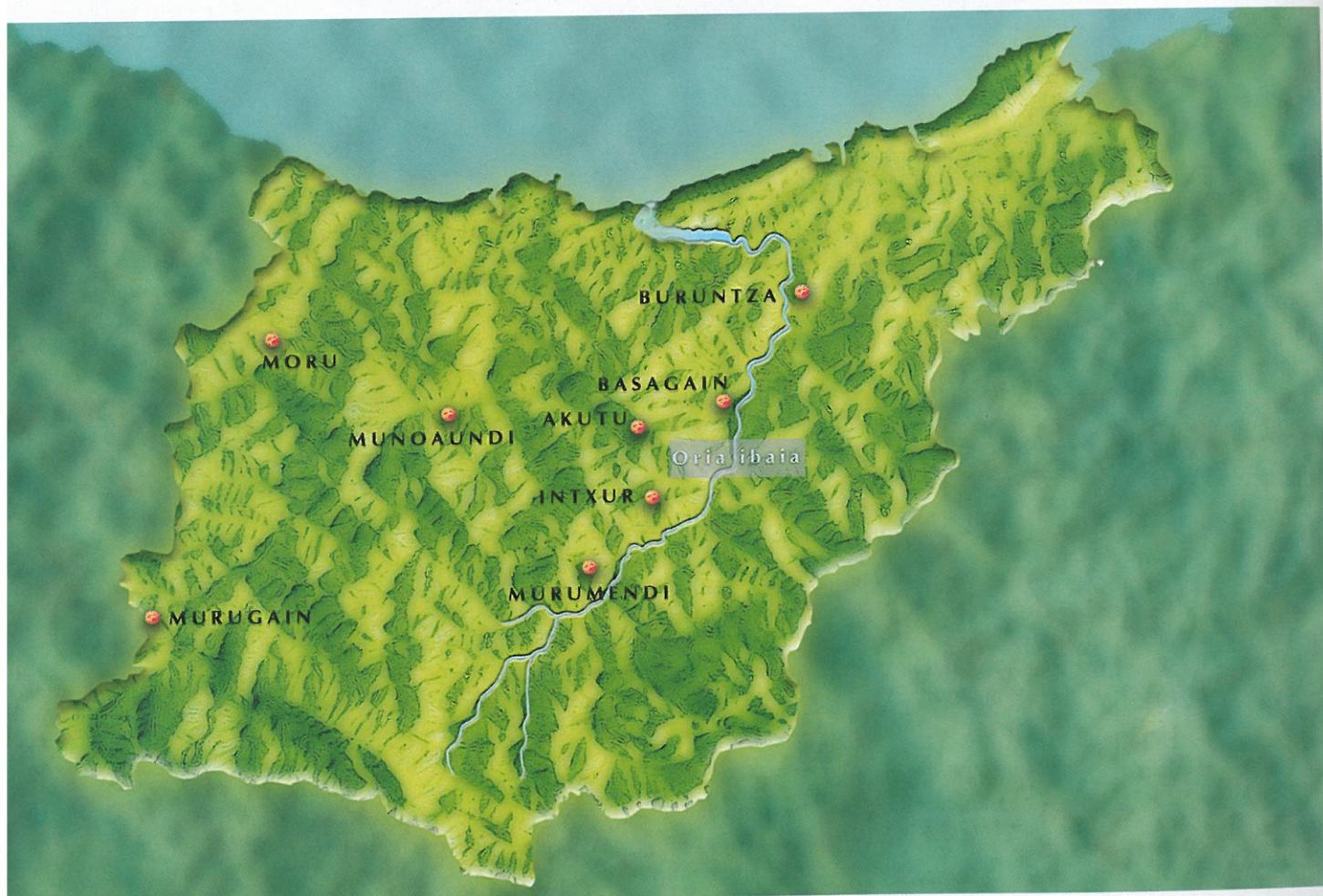
En la Protohistoria, numerosos grupos de población ocupaban el territorio guipuzcoano. En la actualidad, los enclaves descubiertos hasta la fecha.

El territorio guipuzcoano ofrece a las poblaciones que lo habitan un relieve relativamente variado, desde zonas de costa hasta cordales montañosos. Los ríos Oria, Urola y Deba cruzan el territorio de Sur a Norte, formando otros tantos valles que suponen importantes ejes de comunicación.

En estos momentos del primer milenio anterior al cambio de era, el clima no presenta diferencias significativas con respecto al actual, siendo algo más frío, pese a lo cual los inviernos serán templados y húmedos y el verano será fresco. Las suaves temperaturas y frecuentes lluvias favorecerán una vegetación abundante, caracterizada por los bosques.

Fruto de los trabajos llevados a cabo por los arqueólogos Sonia San José, Xabier Peñalver y Carlos Olaetxea, hoy sabemos que durante la Protohistoria el territorio guipuzcoano estaba ocupado por numerosos núcleos de población, repartidos en amplios espacios geográficos.

Hasta la fecha son diez los enclaves descubiertos: Buruntza (Andoain), Basagain (Anoeta), Intxur (Albiztur-Tolosa) y Murumendi (Beasain) en el valle del Oria; Munoaundi (Azpeitia - Azkoitia) en el del Urola; Moru (Elgoibar) y Murugain (Arrasate - Aretxabaleta - Aramaio) en el de Deba y Akutu (Bidegain - Errezil) y Belaku (Beizama) en las proximidades del macizo del





Pesa metálica hallada en Munoandi. Las marcas y pesos grabadas en la misma dan muestra de conocimientos matemáticos.

io, además del de Santiagomendi (Astigarraga) en zona del Urumea. Ocupan superficies que oscilan entre las 17 hectáreas del de Intxur y las 0'7 del de Butza, aunque éstas varían considerablemente.

Las plantas adquieren variadas formas, en parte por su ubicación y en parte por las características del grupo de actividades. Predominan las formas curvas, ovaladas, en algunos casos, combinándose también con formas rectas. El espacio interior se organiza de diferentes maneras. Las zonas llanas y aterrazadas facilitan en principio los asentamientos, aunque en algunos casos pueden levantarse en lugares menos propicios en apariencia. Lo más probable es que amplias zonas intrarrecintos de aquellos poblados que, en ocasiones, alcanzan una gran extensión, fuesen destinadas a cultivos, corrales y recintos para cerrar el ganado.

La ordenación urbana, ya muy desarrollada en la segunda mitad del milenio en algunos puntos de Euzkadi, como es el caso de La Hoya (Biasteri), con un trazado de calles con aceras que delimitan manzanas bien organizadas, no se conoce de momento en Gikoa, si bien las viviendas halladas en Intxur se encuentran alineadas en una misma zona. Las casas se disponen de modo regular en función del trazado de la aldea y de las necesidades de sus constructores, similar a otros hábitats, como el conocido Heuneburg, construido en un alto sobre el río Danubio.

Las fechas en que han sido ocupados estos recintos varían desde unos a otros. La más antigua que tenemos data de hace unos 3.000 años, Buruntza, y la más reciente de hace 2.030 años, Intxur. El control del agua constituye un elemento fundamental a la hora de elegir un lugar de asentamiento.

Las viviendas son espaciosas y con un considerable nivel de confort, habitadas por grupos familiares más numerosos. Tierra, piedra y madera, son los ma-

teriales básicos de construcción. Pero, además de las edificaciones de habitación, en los poblados se levantan otra serie de estructuras en las que se desarrollan otras actividades, como fabricar cerámica, elaborar elementos metalúrgicos o almacenar productos varios, en ocasiones para su venta.

Hallazgos

Molinos barquiformes y circulares procedentes de Intxur, Basagain y Munoandi, cantos utilizados para triturar o moler, cerámica ampliamente representada a través de vasijas fragmentadas, la hoz conservada en su integridad en el interior de una de las viviendas de Intxur, la reja de arado de Basagain, una serie de cuchillos, así como clavos y grapas son algunos de los objetos que se han recuperado de estos yacimientos guipuzcoanos. Incluso restos de madera, algunos de los cuales han permitido apreciar cómo se han obtenido tablas de variados grosores para ser usadas en la construcción y piezas de pasta vítrea (algunas, de origen foráneo) en forma de cuentas de collar o pulseras forman parte también de este tesoro.

Se han hallado, asimismo, pesas metálicas, como la de Munoandi, con diversas marcas y de diferentes pesos que demuestran, además de una actividad comercial, conocimientos matemáticos. Algunas piezas fabricadas en vidrio nos ponen ante la posibilidad de movimientos comerciales con otros lugares de Europa. La belleza de algunas de estas joyas nos da una idea del nivel de desarrollo alcanzado por las sociedades de agricultores y ganaderos de los últimos siglos de nuestra Prehistoria. Entre estos objetos procedentes de lugares lejanos se encuentran los cuencos de oro hallados en Axtroki, Eskoriatza. Asimismo, son abundantes los restos relacionados con la guerra: espadas, escudos, lanzas o regatones.

Si nos basamos en la documentación arqueológica, los recintos a los que nos hemos referido son abandonados sin aparentes problemas ni conflictos en torno al cambio de era, desconociéndose de momento las nuevas ubicaciones de estas poblaciones. En este sentido, ninguno de los poblados excavados ha proporcionado hasta la fecha elementos materiales relacionados con el mundo romano (que sí aparecen en zonas bajas de Irun, Hondarribia y Zarautz) y las fechas obtenidas mediante C14 no rebasan el fin de la era.